

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

HENRY KUTTNER

EL ROBOT VANIDOSO

A menudo le pasaban... cosas a Gallegher —que tocaba la ciencia de oído—. Era, como él solía observar, un genio accidental. A veces empezaba con un trozo de alambre, unas pocas baterías y un broche, y antes de terminar ya había concebido un nuevo tipo de refrigerador. En ese momento sufría la resaca de una borrachera. Exhausto, esmirriado, desmañado, manipulaba su bar mecánico tendido en el diván de su laboratorio, y un mechón de pelo oscuro le colgaba descuidadamente sobre la frente. Un Martini muy seco goteó del grifo a su boca ávida. Estaba tratando de recordar algo, pero sin mayor esfuerzo. Tenía que ver con el robot, desde luego. Bueno, no importaba.

—Eh, Joe —dijo Gallegher. El robot, orgullosamente erguido ante el espejo, se examinaba las entrañas. El caparazón era transparente, y adentro los engranajes giraban a gran velocidad.

—Cuando me llames así —indicó Joe—, susurra. Y echa a ese gato de aquí.

—No tienes un oído tan sensible...

—Claro que sí. Oigo perfectamente los pasos del gato.

—¿Cómo suenan? —preguntó Gallegher, interesado.

—Como tambores —dijo el robot con petulancia—. Y cuando hablas tú, es como un trueno.

La voz de Joe era un chillido discordante, y Gallegher pensó en comentar algo sobre pajas en ojos ajenos y vigas en los propios. Con cierto esfuerzo se concentró en el panel luminoso de la puerta, donde esperaba una sombra. Una sombra familiar, pensó Gallegher.

—Soy Brock —dijo el visitante—. Harrison Brock. ¡Déjame entrar!

—La puerta está sin llave —respondió Gallegher sin moverse, mirando gravemente al hombre maduro y elegante que entraba; y trató de recordar.

Brock tenía entre cuarenta y cincuenta años, y una cara pulcramente masajeadada y

afeitada al ras. Lucía una expresión de absoluta intolerancia. Probablemente Gallegher conocía al hombre. No estaba seguro..., en fin. Brock examinó el amplio y caótico laboratorio, parpadeó al ver al robot, buscó una silla y no la encontró. Con los brazos en jarras se balanceó sobre los talones, clavando los ojos en el científico postrado.

—¿Bien? —dijo.

—Nunca empiece las conversaciones así —farfulló Gallegher, echándose otro Martini en el garguero—. Ya he tenido suficientes problemas por hoy. Siéntese y póngase cómodo. Atrás tiene una dinamo. No está sucia, ¿verdad?

—¿Lo ha logrado? —barbotó Brock—. Es todo lo que quiero saber. Ya tuvo una semana. En el bolsillo tengo un cheque por diez mil. ¿Lo quiere o no?

—Claro —dijo Gallegher, y extendió una mano vacilante—. Démelo.

—Caveat emptor. ¿A cambio de qué?

—¿Y usted no lo sabe? —preguntó el científico, francamente asombrado.

Brock se paseaba de un lado a otro como una fiera enjaulada.

—Dios mío —dijo—. Me han dicho que si alguien puede ayudarme es usted. Seguro. Y también que sacarle una frase sensata costaría tanto como arrancarle un diente. ¿Es usted un técnico o un imbécil?

Gallegher reflexionó.

—Un minuto. Empiezo a recordar. Hablé con usted la semana pasada, ¿no?

—Habló... ¡Sí! —La cara redonda de Brock se puso rosada—. Y se quedó allí postrado, empujando el codo y recitando poemas. También cantó Frankie and Johnnie, y por último se las compuso para aceptar mi encargo.

—Lo cierto es que estuve borracho... Me emborracho a menudo —dijo Gallegher—. Especialmente si estoy de vacaciones. Me libera el subconsciente, y así puedo trabajar. Mis mejores inventos los he hecho borracho —prosiguió felizmente—. Entonces todo parece muy claro. Claro como una campana. Se dice una campana, ¿verdad? De cualquier modo... —perdió la ilación y pareció intrigado—. De cualquier modo, ¿de qué hablaba usted?

—¿Os callaréis de una vez? —preguntó el robot, de pie frente al espejo. Brock se sobresaltó; Gallegher le tranquilizó con un gesto.

—No le haga caso a Joe. Lo terminé anoche, y ya me estoy arrepintiendo.

—¿Un robot?

—Un robot. Pero no sirve para nada. Lo hice cuando estaba borracho, y no tengo la más remota idea de cómo ni porqué. Lo único que sabe hacer es quedarse allí, admirándose. Y canta. Berrea como un alma en pena. No tardará en oírle.

No sin esfuerzo, Brock volvió al asunto que los ocupaba.

—Mire, Gallegher. Estoy en un brete. Usted prometió ayudarme. De lo contrario, estoy arruinado.

—Yo hace años que estoy arruinado —observó el científico—. Y no me fastidio. Simplemente sigo trabajando para ganarme el sustento y hago cosas en mi tiempo libre. Todo tipo de cosas. ¿Sabe? Si hubiera estudiado de veras, habría sido otro Einstein. Así me han dicho. Pero parece que mi subconsciente ha asimilado un entrenamiento científico de primera en alguna parte. Por eso nunca me fastidio. Cuando estoy borracho o muy distraído puedo resolver el problema más endemoniado.

—Ahora está borracho —le acusó Brock.

—Me aproximo a los niveles más gratos. ¿Cómo se sentiría usted si despertara viendo que ha inventado un robot por alguna razón desconocida, y no tiene la menor idea de los atributos de la criatura?

—Bueno...

—Pues yo no me siento así —murmuró Gallegher—. Probablemente usted se toma la vida demasiado en serio, Brock. El vino estimula el humor; la bebida fuerte enfurece. Perdóneme. Yo me enfurezco —bebió otro Martini. Brock se puso a caminar por el laboratorio atestado, sorteando varios objetos sucios y enigmáticos al pasar.

—Si usted es científico, el cielo ayude a la ciencia.

—Soy el Larry Adler de la ciencia —dijo Gallegher—. Era un músico... Vivió hace varios cientos de años, creo. Soy como él. Nunca en mi vida tomé lecciones. ¿Qué le voy a hacer si tengo un subconsciente bromista?

—¿Sabe quién soy yo? —preguntó Brock.

—Honestamente, no. ¿Tendría que saberlo?

—Podría tener la cortesía de recordarlo, aunque haya pasado una semana —dijo el

otro con amargura—. Harrison Brock. Ése soy yo. El dueño de Películas Vox-Visión.

—No —dijo de pronto el robot—, es inútil. Absolutamente inútil, Brock.

—Qué diabl...

Gallegher suspiró fatigosamente.

—Olvidaba que la maldita cosa está viva. Señor Brock, le presento a Joe. Joe, te presento al señor Brock..., de Vox-Visión.

Joe se volvió, el cráneo transparente atiborrado de engranajes.

—Encantado de conocerle, señor Brock. Permítame felicitarle por tener la buena suerte de oír mi encantadora voz.

—Ugh —farfulló el magnate—. Hola.

—Vanidad de vanidades, todo es vanidad —intervino Gallegher, sotto voce—. Así es Joe. Un pavo real. Además no vale la pena discutir con él.

El robot ignoró este aparte.

—Pero es inútil, señor Brock —continuó Joe con su voz chillona—. No me interesa el dinero. Entiendo que llevaría felicidad a muchos si accediera a aparecer en sus películas, pero la fama no significa nada para mí. Nada. Me basta con la conciencia de mi belleza.

Brock se mordisqueó los labios.

—Mira —dijo airadamente—, no he venido aquí para ofrecerte trabajo. ¿Ves? ¿Te estoy ofreciendo algún contrato acaso? Qué descaro... ¡Bah! Estás loco...

—Sus planes son absolutamente transparentes —señaló el robot con frialdad—. Veo que está abrumado por mi belleza y la magnificencia de mi voz, de gran riqueza tonal. No tiene porqué simular lo contrario para regatear el precio. He dicho que no me interesa.

—¡Estás l-o-o-c-c-c-o! —aulló Brock, perdiendo totalmente los estribos.

Gallegher reía para sus adentros.

—Joe es muy susceptible —dijo—. Eso ya lo descubrí. Además, debí de instalarle sentidos muy especiales; hace una hora se echó a reír desaforadamente. Al parecer,

sin motivo. Yo me estaba preparando algo de comer. Diez minutos después resbalé en un corazón de manzana que había en el suelo y me di un porrazo. Joe me miró. «Era por eso», dijo. «Lógica de la probabilidad. Causa y efecto. Sabía que ibas a tirar ese corazón de manzana y a patinar cuando fueras a recoger la correspondencia». Como la Reina Blanca, supongo. Es pobre la memoria que no funciona en ambas direcciones.

Brock se sentó en la pequeña dinamo —había dos: la más grande, llamada Monstro, y la más pequeña, que Gallegher usaba de banco— e inhaló profundamente.

—Los robots no son ninguna novedad.

—Éste sí. Odio sus engranajes. Ya me está dando un complejo de inferioridad. Ojalá supiera por qué lo he inventado —suspiró Gallegher—. En fin. ¿Quiere un trago?

—No. He venido a hablar de negocios. ¿De veras pasó la semana construyendo un robot en vez de solucionar el problema para el que le contraté?

—¿Un contrato contingente, verdad? —preguntó Gallegher—. Creo recordar ese detalle.

—En efecto —dijo Brock con satisfacción—. Diez mil, contra entrega.

—¿Por qué no me da el dinero y se lleva el robot? Vale la pena. Métalo en una película.

—No produciré ninguna película, a menos que usted me dé una solución —exclamó Brock—. Le he contado todo al respecto.

Brock tragó saliva, tomó una revista cualquiera de la biblioteca y sacó una estilográfica.

—De acuerdo. Mis acciones preferidas están en veintiocho, muy por debajo del valor... —Garabateó cifras en la revista.

—Si hubiera tomado el folio medieval que está al lado, le habría costado muy caro —dijo ociosamente Gallegher—. ¿Así que usted es de esos que escriben en los manteles, eh? No me hable de acciones y cosas raras. Vaya al grano. ¿A quién quiere embaucar?

—Es inútil —dijo el robot mirándose en el espejo—. No firmaré contrato. La gente puede venir a admirarme, si quiere. Pero tendrá que susurrar en mi presencia...

—Qué manicomio —masculló Brock, tratando de dominarse—. Escuche, Gallegher. Le conté todo esto hace una semana, pero... a él.

—Entonces no estaba Joe... Haga como que le cuenta.

—Eh... Mire. Imagino que por lo menos habrá oído hablar de Vox-Visión.

—Claro. La mejor compañía de televisión, y la más grande. Sonatone es prácticamente la única competidora.

—Sonatone me está extorsionando.

Gallegher se sorprendió.

—No entiendo cómo. Usted tiene el mejor producto. Color tridimensional, toda clase de artefactos modernos, los mejores actores, músicos, cantantes...

—Es inútil —dijo el robot—. Dije que no.

—Cállate, Joe. Nadie puede superarle, Brock, se lo aseguro. Siempre oí decir que usted era bastante honesto. ¿Cuál es el arma de Sonatone?

Brock hizo un ademán de impotencia.

—Oh, política. Los teatros clandestinos. Tengo las manos atadas. Sonatone contribuyó a elegir la administración actual y la policía hace la vista gorda.

—¿Teatros clandestinos? —preguntó Gallegher, frunciendo el ceño—. Algo he oído...

—Es historia vieja. De los tiempos del cine sonoro. La televisión casera liquidó el cine sonoro y las salas grandes. La gente perdió el hábito de reunirse en gran número para mirar una pantalla. Los televisores mejoraron. Era más cómodo sentarse en una mecedora, beber cerveza y mirar el espectáculo. La televisión ya no era un artículo de lujo. El sistema de medidores puso los precios al alcance de la clase media. Todo el mundo lo sabe.

—Yo no —dijo Gallegher—. Nunca presto atención a lo que pasa fuera de mi laboratorio a menos que sea necesario. Licor y una mente selectiva. Ignoro lo que no me afecta directamente. Explíqueme todo con detalle, así tendré un cuadro completo. No me molesta que me repitan las cosas. Bien, ¿en qué consiste el sistema de medidores?

—Los televisores se instalan gratis. Nunca los vendemos, los alquilamos. La gente paga según las horas que los tienen encendidos. El espectáculo es continuado: obras de teatro, películas, óperas, orquestas, cantantes, vodevil... todo. El que usa mucho el televisor, paga proporcionalmente. El inspector pasa una vez por mes y lee el medidor. Es un sistema justo. Cualquiera puede costearse un Vox-Visión. Sonatone y las otras

compañías hacen lo mismo, pero mi única competidora importante es Sonatone. Al menos, es la más indecente. El resto de los muchachos..., son más pequeños que yo, pero no les paso por encima. Nunca me han llamado sucio —dijo sombríamente Brock.

—¿Entonces?

—Entonces Sonatone ha empezado a depender de la audiencia. Hasta hace poco era imposible: no se podía magnificar la televisión tridimensional en una pantalla grande sin rayas ni sombras en la imagen. Por eso en los hogares se usaban las pantallas de un metro por uno veinte. Los resultados eran perfectos. Pero Sonatone compró muchas de las salas fantasma en todo el país.

—¿Qué es una sala fantasma? —preguntó Gallegher.

—Bueno... Antes del derrumbe del cine sonoro hubo grandes proyectos. Grandes de veras. ¿Oyó hablar alguna vez del Radio City Music Hall? Bueno, eso no era suficiente. La televisión tenía éxito y la competencia era feroz. Los cines fueron más grandes y más sofisticados. Eran palacios. Tremendos. Pero cuando se perfeccionó la televisión nadie iba al cine, y a veces demolerlos era demasiado caro. Salas fantasma, ¿ve? Grandes y pequeñas. Las renovaron. Y proyectaban programas de Sonatone. La atracción masiva es un factor crucial. Las salas cobran muy caro, pero la gente las llena. Novedad y gregarismo.

Gallegher cerró los ojos.

—¿Qué le impide hacer lo mismo?

—Las patentes —dijo concisamente Brock—. Le mencioné que la televisión dimensional no se podía usar en pantallas grandes hasta hace poco. Hace diez años Sonatone firmó un acuerdo conmigo, estipulando que todo perfeccionamiento en ese sentido sería compartido. Se escabulleron. Dijeron que el contrato era falso, y la justicia los amparó. Ellos amparan a los jueces... Política. De todos modos, los técnicos de Sonatone descubrieron un método para usar la pantalla grande. Lo patentaron. Registraron veintisiete patentes, en realidad, para cubrir todas las variantes posibles de la idea. Mi personal técnico ha trabajado día y noche para descubrir algún método similar que no implique una infracción, pero Sonatone abarca todos los matices. Tienen un sistema llamado Magna. Se puede instalar en cualquier tipo de televisor... pero ellos sólo permiten que se instale en aparatos Sonatone. ¿Entiende?

—Deshonesto, pero legal —dijo Gallegher—. No obstante, usted ofrece a la clientela algo más ventajoso. La gente quiere calidad. El tamaño no importa.

—Sí —dijo amargamente Brock—, pero eso no es todo. Los noticiarios sólo hablan de AM. La expresión de moda. Atracción Masiva. El instinto gregario. Usted tiene razón,

la gente quiere calidad. ¿Pero compraría usted whisky a cuatro dólares la botella si puede conseguirla por dos?

—Depende de la calidad. ¿Qué ocurre?

—Las salas clandestinas —dijo Brock—. Las han inaugurado en todo el país. Exhiben productos Vox-Visión, y utilizan el sistema de amplificación Magna que patentó Sonatone. La entrada es barata..., más barata que tener un Vox-Visión en casa. Además, la atracción masiva. Además, la emoción de un acto ligeramente ilegal. Por todas partes la gente renuncia al Vox-Visión. Yo sé por qué. Puede asistir a las salas clandestinas.

—Es ilegal —dijo pensativamente Gallegher.

—Igual que la venta de bebidas alcohólicas durante la Prohibición. Tener protección, ésa es la clave. No puedo emprender ninguna acción legal. Lo he intentado. Estoy tocando fondo. Pronto estaré en bancarrota. No puedo abaratar las tarifas por el alquiler de Vox-Visiones. Ya son nominales. Mi ganancia depende de la cantidad. Ahora no gano. En cuanto a las salas fantasma, es obvio quién las respalda.

—¿Sonatone?

—Claro. Bajo cuerda. A cambio de un porcentaje. Lo que esperan es que quiebre y me retire, y así tendrían el monopolio. Después, proyectarán las peores birrias y pagarán salarios de hambre a los artistas. Conmigo es diferente. Yo le pago a la gente lo que vale... Mucho.

—Y a mí me ha ofrecido unos pobres diez mil —observó Gallegher—. Vaya...

—Era sólo un adelanto —se apresuró a decir Brock—. Diga la cifra que le parezca conveniente... dentro de lo razonable —agregó.

—De acuerdo. Será una cifra astronómica. ¿Hace una semana dije que aceptaba el trabajo?

—Sí.

—Entonces debía tener alguna idea de cómo solucionar el problema —dijo pensativamente Gallegher—. Veamos. No mencioné nada en particular, ¿verdad?

—Se lo pasó hablando de losas marmóreas y... eh, su amada.

—Entonces estaba cantando —explicó Gallegher con lujo de detalles—. St. James Infirmary. Cantar me calma los nervios, y Dios sabe que a veces me hace falta. La

música y el licor. A menudo me pregunto qué compran los vinateros.

—¿Qué?

—Que valga siquiera la mitad de lo que venden. Olvídelo. Estoy citando a Omar. No significa nada. ¿Los técnicos de usted son buenos?

—Los mejores. Y los mejor pagados.

—¿No pueden descubrir un proceso de magnificación que no contravenga las normas Magna de Sonatone?

—En síntesis, ése es el problema.

—Supongo que tendré que investigar un poco —dijo tristemente Gallegher—. Algo que detesto. Pero la suma de las partes equivale al total. ¿Para usted eso tiene sentido? Para mí no. Las palabras me dan trabajo. Después que digo algo, empiezo a preguntarme qué he dicho. Mejor que mirar un drama —concluyó, irritado—. Me duele la cabeza. Demasiada charla y poco licor. ¿Dónde estamos?

—A un paso del manicomio —sugirió Brock—. Si no fuera usted mi último recurso, yo...

—Es inútil —dijo chillonamente el robot—. Rompa ese contrato, Brock. No firmaré, la fama no es nada para mí...

—Si no te callas la boca —advirtió Gallegher—, te aullaré en el oído.

—¡Está bien! —gimió Joe—. ¡Pégame! ¡Vamos, pégame! Cuanto peor me trates, antes se me descompondrá el sistema nervioso, y moriré. No me importa. No tengo instinto de supervivencia. Pégame. Verás si me importa.

—Él tiene razón, ¿sabe usted? —dijo el científico tras una pausa—. Y es la única manera lógica de responder al chantaje o las amenazas. Cuanto antes termine, mejor. Joe no tiene muchos matices. Cualquier cosa que le duela de veras lo destruirá. Y le importa un comino.

—A mí también —rezongó Brock—. Lo que quiero es descubrir...

—Sí, lo sé. Bien. Daré un paseo y veremos qué se me ocurre. ¿Puedo entrar en sus estudios?

—Aquí tiene un pase —Brock garabateó algo en el dorso de una tarjeta—. ¿Se pondrá a trabajar de inmediato?

—Claro —mintió Gallegher—. Ahora váyase y tómelo con calma. Tranquilícese. Todo está bajo control. O encuentro una solución rápida a su problema, o bien...

—¿O bien, qué?

—O bien, no —concluyó blandamente el científico, y apretó los botones de un panel de control cerca del diván—. Estoy harto de Martinis. ¿Por qué no habré hecho un mozo mecánico de ese robot, cuando lo fabricaba? Hasta el esfuerzo de elegir y apretar botones me deprime a veces. Sí, pondré manos a la obra, Brock. Cálmese.

El magnate titubeó.

—Bien, usted es mi única esperanza. Ni hace falta mencionar que si hay algo que yo pueda hacer para ayudarle...

—Una rubia —murmuró Gallegher—. Esa estrella despampanante que tiene usted, Silver O'Keefe. Mándemela. No necesito nada más.

—Adiós, Brock —dijo chillonamente el robot—. Lamento que no pudiéramos cerrar un trato, pero al menos tuvo usted el inolvidable deleite de oír mi bella voz, por no mencionar el placer de verme. No difunda lo hermoso que soy. Las multitudes me fastidian de veras. Son ruidosas.

—Uno no sabe qué es el dogmatismo hasta que habla con Joe —dijo Gallegher—. Oh, bien. Hasta pronto. No se olvide de la rubia.

—Adiós, feo —dijo Joe.

A Brock le temblaban los labios. Buscó palabras, desistió, y por último se volvió hacia la puerta.

El portazo hizo parpadear a Gallegher, aunque fueron los oídos hipersensibles del robot los que más sufrieron.

—¿Por qué eres así? —preguntó Gallegher—. Casi le provocas una apoplejía.

—Sin duda no se creará bello —observó Joe.

—La belleza está en los ojos de quien contempla.

—Qué estúpido eres. Tú también eres feo.

—Y tú eres un conglomerado de engranajes, pistones y ruedas. Te falta un tornillo —dijo Gallegher, aunque en un sentido literal era lo que menos faltaba en el cuerpo

del robot.

—Soy adorable. —Joe se miró extasiado en el espejo.

—Para ti, quizá. ¿Por qué te habré hecho transparente?

—Para que otros pudieran admirarme. Tengo visión de rayos X, por supuesto.

—Y ruedas en la cabeza. ¿Por qué te habré puesto el cerebro radioatómico en el estómago? ¿Protección?

Joe no respondió. Tarareaba con una voz espantosamente chillona, estridente y enervante. Gallegher lo soportó un rato, tonificado con un gin-soda del sifón.

—¡Basta! —aulló al fin—. Suenas como un tranvía viejo doblando una esquina.

—Me tienes envidia, es todo —replicó Joe, pero obedientemente elevó la voz a un tono supersónico. Durante medio minuto hubo silencio. Luego todos los perros del vecindario se pusieron a aullar.

Gallegher enderezó fatigosamente el cuerpo desgarrado. Era mejor irse. Obviamente en el laboratorio no tendría paz. No con esa pila de chatarra halagándose el ego constantemente.

Joe soltó una risita discordante. Gallegher parpadeó.

—¿Y ahora, qué?

—Ya lo descubrirás.

La lógica de causas y efectos, más el cálculo de probabilidades, la visión de rayos X y otros sentidos enigmáticos que el robot sin duda poseía. Gallegher maldijo entre dientes, manoteó un sombrero negro y deforme y se dirigió a la puerta. Apenas la abrió entró un hombre bajo y gordo que rebotó dolorosamente en el estómago del científico.

—¡Ufff! Oh. Qué pésimo sentido del humor tiene ese bastardo. Hola, señor Kennicott. Me alegra verle. Lamento no poder ofrecerle un trago.

La cara atezada del señor Kennicott se retorció con malicia.

—No quiero ningún trago. Quiero mi pasta. Dámela. ¿Qué te parece?

Gallegher contempló pensativamente el vacío.

—Bueno, justamente iba a buscar un cheque.

—Te vendo mis diamantes. Dices que vas a hacer algo con ellos. Me das el cheque por adelantado. Me lo rebotan, rebotan, rebotan. ¿Por qué?

—No tenía fondos —musitó Gallegher—. Nunca recuerdo el saldo de mi cuenta bancaria.

Kennicott parecía a punto de rebotar, rebotar, rebotar en el umbral.

—Devuélveme los diamantes, ¿eh?

—Bueno. Los usé en un experimento, no recuerdo cuál. ¿Sabe, señor Kennicott? Creo que cuando los compré, estaba un poco borracho, ¿no?

—Borracho —convino el hombrecillo—. Apestabas a alcohol. ¿Y con eso, qué? No espero más. Ya me sacaste de las casillas. Págame ahora o pobre de ti.

—Largo de aquí, sucio —dijo Joe desde dentro del cuarto—. Eres un espanto.

Gallegher se apresuró a empujar a Kennicott hacia la calle y trabar la puerta a sus espaldas.

—Un loro —explicó—. Pronto le torceré el pescuezo. Ahora, en cuanto al dinero... Admito que estoy en deuda con usted. Acabo de tomar un trabajo importante, y cuando me paguen le daré lo suyo.

—No me vengas con ésas —dijo Kennicott—. ¿Tienes un puestazo, no? ¿Trabajas de técnico en alguna gran compañía, eh? Pide un sueldo adelantado.

—Ya lo he pedido —suspiró Gallegher—. Pedí seis sueldos. Mire, en dos días le devolveré el dinero. Quizá pueda sacarle un adelanto a mi cliente. ¿De acuerdo?

—No.

—¿No?

—Ah, está bien. Espero un día. Dos días, tal vez. Y basta. Consigue el dinero. Todo. Si no, vas a la cárcel.

—Dos días es más que suficiente —dijo Gallegher, aliviado—. Dígame, ¿hay algún teatro clandestino cerca de aquí?

—Mejor ponte a trabajar y no pierdas el tiempo.

—Ése es mi trabajo. Estoy haciendo una investigación. ¿Dónde podré encontrar una de esas salas?

—Es fácil. Vas al centro, te entiendes con el fulano que está en la puerta. Él te venderá la entrada. En cualquier parte. Por todas partes.

—Magnífico —dijo Gallegher, despidiéndose del hombrecillo.

Pero... ¿Por qué le habría comprado diamantes a Kennicott? Casi valdría la pena hacerse amputar el subconsciente. Hacía las cosas más extraordinarias. Funcionaba regido por una lógica inflexible, pero esa lógica era absolutamente extraña para la mente consciente de Gallegher. No obstante, los resultados con frecuencia eran asombrosamente buenos, y siempre asombrosos. Eso era lo peor de ser un científico sin conocimientos científicos. El problema de tocar de oído.

En el laboratorio quedaba una retorta con polvo de diamantes, de algún experimento insatisfactorio realizado por el subconsciente de Gallegher; y tenía el vago recuerdo de haberle comprado las piedras a Kennicott. Curioso. Tal vez... Oh, sí. Eran para Joe. Soportes, o algo por el estilo. Desmantelar el robot ya no serviría de nada, pues sin duda los diamantes habían sido triturados. ¿Por qué diablos no había usado piedras comerciales, igualmente satisfactorias, en vez de comprar diamantes blanco-azulados de primera clase? Lo mejor era poco para el subconsciente de Gallegher. Se desentendía absolutamente de los instintos comerciales. Simplemente no comprendía el sistema de precios de los principios económicos básicos.

Gallegher vagabundó por la ciudad como un Diógenes en busca de la verdad. Atardecía, y las luminarias centelleaban en lo alto, pálidas barras de luz contra la oscuridad. Un letrero volante fulguraba sobre las torres de Manhattan. Los aerotaxis, que circulaban en diversos niveles convencionales, se detenían para recoger pasajeros en las pistas con ascensor. En el centro, Gallegher se puso a estudiar los portales. Al fin encontró uno ocupado, pero el hombre vendía postales. Gallegher declinó la oferta y enfiló hacia el bar más cercano, pues necesitaba combustible. Era un bar móvil que combinaba lo peor de un viaje a Coney Island con cócteles poco inspirados, y en el umbral Gallegher titubeó. Pero finalmente tomó una silla que le pasó por delante y se relajó lo más que pudo. Ordenó tres gin-soda y los bebió en rápida sucesión. Después llamó al dueño del bar y le preguntó por los teatros clandestinos.

—Diablos, sí —dijo el hombre, sacando un fajo de entradas de su bata—. ¿Cuántas?

—Una. ¿Dónde es?

—Dos veintiocho. Por esta calle. Pregunte por Tony.

—Gracias —dijo Gallegher, y tras pagar una suma exorbitante bajó de la silla y se fue en zigzag. Los bares móviles eran un progreso que él no apreciaba, pues pensaba que era mejor beber en un estado de inmovilidad. Al otro estado siempre se llegaba después, de todos modos.

La puerta estaba al pie de unas escaleras, y tenía un enrejado. Gallegher golpeó y se encendió la pantalla. Obviamente un circuito unidireccional, pues al portero no le veía.

—¿Tony? —dijo Gallegher.

La puerta se abrió y descubrió a un hombre ojeroso con pantalones amplios que no lograban realzarle la figura huesuda.

—¿Tiene la entrada? Veamos. Bien, amigo. Siga derecho. El espectáculo ya empezó. Se sirven bebidas en el bar de la izquierda.

Gallegher pasó entre las cortinas a prueba de sonido del extremo de un pasillo corto, y se encontró en lo que parecía el foyer de un teatro antiguo, de alrededor de 1980, cuando el plástico era la última moda. Llegó al bar guiado por su olfato, pagó muy caro un licor barato y así fortificado entró en la sala. Estaba casi llena. La gran pantalla —presumiblemente una Magna— estaba poblada de gente que le hacía cosas a una nave espacial. Un film de aventuras o un noticiario, comprendió Gallegher.

Sólo el acicate de lo ilícito podía atraer una audiencia tal a ese teatracho. Hedía. Sin duda lo mantenían con una bicoca, y no había acomodadores. Pero era ilegal, y por lo tanto tenía una buena clientela. Gallegher estudió la pantalla; ni rayas ni distorsiones. Un amplificador Magna había sido instalado sin licencia en un televisor Vox-Visión, y una de las mayores estrellas de Brock actuaba eficazmente para beneficio de los dueños de la sala clandestina. Un robo, lisa y llanamente.

Al rato Gallegher salió, y vio un policía de uniforme en una de las butacas del pasillo. Sonrió sardónicamente. El polizone sin duda no había pagado la entrada. La política seguía igual que siempre.

A dos calles un resplandor de luz anunciaba el SONATONE BIJOU. Ésta, desde luego, era una de las salas legales y proporcionalmente cara. Gallegher despilfarró una pequeña fortuna en una buena ubicación. Le interesaba comparar, y descubrió que, por lo que él podía ver, el Magna del Bijou y el del teatro clandestino eran idénticos. Ambos cumplían sus funciones a la perfección. La difícil tarea de ampliar las pantallas de televisión se había cumplido exitosamente.

En el Bijou, sin embargo, todo era palaciego. Acomodadoras espléndidas hacían reverencias pomposas. Los bares servían licores gratis en cantidades razonables.

Había un baño turco. Gallegher pasó por la puerta de «caballeros» y quedó deslumbrado por la magnificencia del lugar. Hasta por lo menos diez minutos después, se sintió como un sibarita.

Esto significaba que todo aquel que podía costárselo iba a los teatros Sonatone legales, y el resto se metía en las salas clandestinas. Todos salvo unos cuantos espectadores hogareños a los que no les entusiasmaba la nueva moda. Eventualmente Brock tendría que renunciar por falta de ingresos; Sonatone monopolizaría todo, elevaría los precios y se dedicaría a hacer dinero. La diversión era necesaria en la vida, y la gente estaba condicionada para ver televisión. No había sustitutos. Una vez que Sonatone se saliera con la suya, todos pagarían más y más por menos y menos talento. Gallegher dejó el Bijou y llamó un aerotaxi. Dio la dirección del estudio de Vox-Visión en Long Island, con la vaga esperanza de sacarle a Brock una cuenta corriente. Y además, quería seguir investigando.

Las oficinas de Vox-Visión en el este se extendían por todo Long Island bordeando el Sound, un vasto conglomerado de edificios de formas distintas. Gallegher encontró instintivamente el comedor, donde absorbió más licor como medida precautoria; su subconsciente tenía una ardua tarea por delante, y no quería entorpecerlo frenándole la libertad. Además, el Collins era bueno. Después de un trago decidió que por el momento era suficiente. No era un superhombre, aunque su capacidad fuera ligeramente increíble. Sólo lo suficiente para la claridad objetiva y la liberación subjetiva.

—¿El estudio siempre está abierto de noche? —preguntó al mozo.

—Claro. Algunos sets, por lo menos. El programa cubre las veinticuatro horas.

—El comedor está lleno...

—También recibimos a la gente del aeropuerto. ¿Otro?

Gallegher meneó la cabeza negativamente y salió. La tarjeta de Brock le permitió trasponer un portón. Luego fue directamente a la oficina del gran cacique. Brock no estaba allí, pero se oyeron voces altas, estridentemente femeninas.

—Un minuto, por favor —dijo la secretaria, y utilizó el visor interno—. Pase, por favor...

Gallegher pasó. La oficina era una monada, funcional y lujosa al mismo tiempo. Había fotos tridimensionales en nichos a lo largo de las paredes: las estrellas más grandes de Vox-Visión. Una morena menuda, excitada y bonita, estaba sentada al escritorio, y frente a ella había un ángel rubio, de pie y furibundo.

Gallegher reconoció al ángel: Silver O'Keefe. Aprovechó la oportunidad.

—Qué tal, señorita O'Keefe. ¿Me autografía un cubo de hielo? ¿Dentro de un cóctel?

Silver puso cara felina.

—Lo siento, guapo, pero soy una chica que trabaja. Y en este momento estoy ocupada.

La morena encendió un cigarrillo.

—Arreglemos esto después, Silver. Papá dijo que viera a este hombre si venía. Es importante.

—Lo arreglaremos. Y pronto —dijo Silver saliendo de escena.

Gallegher le silbó a la puerta cerrada.

—No es para usted —dijo la morena—. Está bajo contrato. Y quiere cancelar el contrato para poder firmar con Sonatone. Las ratas abandonan el barco. Silver puso el grito en el cielo desde que vio venir la tormenta.

—¿Sí?

—Siéntese y póngase cómodo. Soy Patsy Brock, papá está al frente del negocio y yo manejo los controles cuando él pierde la chaveta. El viejo no aguanta los problemas. Los toma como afrenta personal.

Gallegher buscó una silla.

—Así que Silver quiere desertar, ¿eh? ¿Cuántos más?

—No muchos. La mayoría es leal. Pero claro, si nos vamos a pique... —Patsy Brock se encogió de hombros—. O se ganan el pan trabajando para Sonatone, o dejan de comer.

—Ajá. Bien... Quiero conocer a los técnicos. Quiero echar una ojeada a las ideas que elaboraron para pantallas amplificadoras.

—Adelante —dijo Patsy—. No le servirá de mucho. Es sencillamente imposible fabricar un amplificador de televisión sin infringir alguna patente de Sonatone —apretó un botón, murmuró algo a un visor y poco después aparecieron dos copas altas por una ranura del escritorio—. ¿Señor Gallegher...?

—Bien, ya que es un Collins...

—Me di cuenta por el aliento de usted —dijo enigmáticamente Patsy—. Papá me contó que lo había visto. Parecía algo alterado, especialmente a causa de ese nuevo robot. ¿Cómo es?

—Oh, no sé —dijo Gallegher, desconcertado—. Tiene muchas habilidades, sentidos nuevos, creo. Pero no tengo la más vaga idea de para qué sirve... Salvo para admirarse a sí mismo en el espejo.

Patsy asintió.

—Alguna vez me gustaría verlo. Pero volviendo a lo nuestro, ¿cree que podrá hallar una respuesta?

—Posiblemente. Probablemente.

—¿No seguramente?

—Seguramente, pues. No hay duda... No hay la menor sombra de duda.

—Porque para mí es importante. El dueño de Sonatone es Elia Tone; un auténtico pirata, un fanfarrón. Tiene un hijo llamado Jimmy. Y Jimmy, créase o no, ha leído Romeo y Julieta.

—¿Buen muchacho?

—Un insecto. Un insecto enorme y musculoso. Quiere que me case con él.

—«Dos familias, ambas semejantes en...».

—Sin citas, por favor —interrumpió Patsy—. De todos modos siempre he pensado que Romeo era un imbécil. Y si alguna vez se me cruzara por la cabeza ir al altar con Jimmy Tone me compraría un billete al manicomio, de ida solamente. No, señor Gallegher. Las cosas no son así. Nada de capullos de hibisco. Jimmy se me ha declarado... Su idea de una declaración, de paso, es inmovilizar a una muchacha con una llave de judo y anunciarle lo afortunada que es.

—Ah —dijo Gallegher, sorbiendo el Collins.

—Toda esta idea del monopolio de las patentes y las salas clandestinas se la debemos a Jimmy. Estoy segura. El padre también está metido, desde luego. Pero Jimmy Tone es el jovenzuelo brillante que la ha concebido.

—¿Por qué?

—Dos pájaros de un tiro. Sonatone monopolizará el negocio, y Jimmy piensa que me conquistará. Es un poco chiflado. No puede creer que yo le esté rechazando en serio. Supone que después de un tiempo me derretiré y le daré el sí. Algo que no haré, ocurra lo que ocurra. Pero ése es un asunto personal. No puedo dejar que nos gane de esta manera. Quiero borrarle de la cara esa sonrisa boba y engreída.

—Parece que no simpatiza con él, ¿verdad? —observó Gallegher—. No le culpo a usted, si es que él es como usted me lo describe. Bueno, haré lo imposible. Sin embargo, necesitaré una cuenta corriente.

—¿Cuánto?

Gallegher pidió una suma. Patsy le extendió un cheque por una cantidad mucho menor. El científico puso cara larga.

—Es inútil —dijo Patsy con una sonrisa astuta—. He oído hablar de usted, señor Gallegher. Es completamente irresponsable. Si tuviera más que esto, pensaría que no necesita más y se olvidaría del asunto. Le extenderé más cheques cuando los necesite..., pero a cambio de facturas detalladas.

—Se equivoca conmigo —dijo Gallegher, sonriendo—. Estaba pensando en invitarla a un club nocturno. Naturalmente no quiero llevarla a una pocilga. Los buenos lugares cuestan. Ahora, si usted me extiende otro cheque...

—No —respondió Patsy, sonriendo.

—¿Quiere comprar un robot?

—No como ése, al menos.

—Entonces, estoy liquidado —suspiró Gallegher—. Bien, ¿qué tal si...?

En ese momento, el visor emitió un zumbido. Una cara rígida y transparente creció en la pantalla. Dentro de la cabeza redonda los engranajes crujían a gran velocidad. Patsy soltó un chillido y se echó hacia atrás.

—Dile a Gallegher que Joe está aquí, muchacha afortunada —anunció una voz chillona—. Podrás recordar mi imagen y mi voz hasta el fin de tus días. Un toque de belleza en un mundo de opacidad...

Gallegher rodeó el escritorio y miró la pantalla.

—Demonios. ¿Cómo has podido...?

—Tenía que resolver un problema.

—¿Y cómo has averiguado mi paradero?

—Te extensioné —dijo el robot.

—¿Me... qué?

—Extensioné que estabas en los estudios Vox-Visión, con Patsy Brock.

—¿Qué es... extensionar? —quiso saber Gallegher.

—Es uno de mis sentidos. No tienes nada ni remotamente parecido, así que no te lo puedo describir. Es como una combinación de sagrazi y precognición.

—¿Sagrazi?

—Oh, tampoco tienes sagrazi, ¿verdad? Bien, no me hagas perder tiempo. Quiero regresar al espejo.

—¿Siempre habla así? —intervino Patsy.

—Casi siempre. A veces es aún más delirante. Bueno, Joe. ¿Que quieres?

—Ya no trabajas más para Brock —dijo el robot—. Trabajas para Sonatone.

Gallegher inhaló profundamente.

—Sigue hablando. Pero estás chiflado.

—No me gusta Kennicott. Me fastidia. Es demasiado feo. Sus vibraciones me raspan el sagrazi.

—Olvida a Kennicott —dijo Gallegher, que no quería comentar la compra de los diamantes delante de la chica—. Vuelve a...

—Pero yo sabía que Kennicott seguiría viniendo hasta recuperar su dinero. Así que cuando Elia y James Tone vinieron al laboratorio, les acepté un cheque.

La mano de Patsy apretó los bíceps de Gallegher.

—¡Un momento! ¿Qué es esto? ¿El viejo doble juego?

—No. Espere. Déjeme llegar al fondo del asunto. Joe, maldito cascajo transparente,

¿cómo has podido recibir...?

—Simulé ser tú.

—Seguro —dijo Gallegher con sarcasmo—. Eso lo explica todo. Somos gemelos. Absolutamente idénticos.

—Los hipnoticé —explicó Joe—. Les hice creer que yo era tú.

—¿Y puedes hacer eso?

—Sí. Me sorprendió un poco. De todos modos, si lo hubiera pensado, habría extensionado que podía hacerlo.

—Habrías... sí, claro. Yo mismo lo habría extensionado. ¿Qué ocurrió?

—Los Tone debieron sospechar que Brock te pediría ayuda. Ofrecieron un contrato exclusivo: trabajas para ellos y para nadie más. Muchísimo dinero. Bueno, simulé ser tú y dije que de acuerdo. Así que firmé el contrato (de paso, es tu firma), recibí un cheque y se lo mandé a Kennicott.

—¿Todo el cheque? —balbuceó Gallegher—. ¿Cuánto era?

—Doce mil.

—¿Sólo me ofrecieron eso?

—No —dijo el robot—, ofrecieron cien mil, y dos mil por semana durante cinco años. Pero yo sólo quería asegurarme de que Kennicott no tendría razones para molestarme de nuevo. Los Tone quedaron satisfechos cuando dije que doce mil sería suficiente.

Gallegher emitió un impreciso gorgoteo gutural. Joe asintió pensativamente.

—Creí que era mejor que supieras que ahora trabajas para Sonatone. Bueno, volveré al espejo y cantaré para mí mismo.

—Espera —dijo el científico—. Espera un poco, Joe. Te voy a destrozarte pieza por pieza con mis propias manos, y después pisotearé los fragmentos.

—El contrato no tendrá validez legal —cloqueó Patsy.

—Oh, claro que sí —dijo alegremente Joe—. Podéis tener el placer de mirarme por última vez. Debo irme —y se fue.

Gallegher bajó el Collins de un trago.

—Estoy apabullado —informó a la chica—. ¿Qué habré puesto dentro de ese robot? ¿Qué sentidos anormales posee? Hipnotizar a la gente para hacerle creer que él es yo... Que yo soy él... Ni sé lo que digo.

—¿Es una farsa? —dijo Patsy tras una pausa—. Por casualidad, ¿no habrá firmado personalmente un contrato con Sonatone, y después hizo llamar al robot para tener una salida..., una coartada? Quién sabe...

—Yo sé. Joe firmó el contrato con Sonatone, no yo. Pero imagínese... Si la firma es una copia perfecta de la mía, si Joe hipnotizó a los Tone para que pensaran que me veían a mí en vez de él, si hubo testigos de la firma..., los dos Tone son testigos, desde luego. Oh..., diablos.

Patsy entornó los ojos.

—Le pagaremos la misma suma que ofreció Sonatone. Sobre una base contingente. Pero usted trabaja para Vox-Visión, eso queda sobreentendido.

—Seguro.

Gallegher miró melancólicamente la copa vacía. Seguro. Trabajaba para Vox-Visión. Pero según todas las apariencias legales había firmado un contrato ofreciendo sus servicios exclusivos a Sonatone durante cinco años... ¡Y por doce mil dólares! ¡Caray! ¿Cuánto le habían ofrecido? Cien mil redondos, y...

No eran los principios, era el dinero. Ahora Gallegher estaba más atado que una paloma mensajera. Si Sonatone podía ganar un pleito en los tribunales, él estaba legalmente sujeto a ellos durante cinco años. Sin más emolumentos. Tenía que cancelar ese contrato de algún modo... Y al mismo tiempo, solucionarle el problema a Brock.

¿Por qué no Joe? El robot, con sus talentos sorprendentes, había metido a Gallegher en este enredo. Tenía que poder solucionarlo. Mejor que pudiera, o el robot vanidoso pronto estaría admirando sus propios fragmentos.

—Eso es —jadeó Gallegher—. Hablaré con Joe. Patsy, sírname licor enseguida y mándeme al departamento técnico. Quiero ver esos planos.

La muchacha le miró con suspicacia.

—De acuerdo. Si trata de vendernos...

—Es a mí a quien han vendido. Vergonzosamente. Tengo miedo de ese robot. Me extensionó en un buen lío. Eso es, otro Collins... —Gallegher bebió un largo sorbo.

Después Patsy le condujo a las oficinas técnicas. La lectura de los planos tridimensionales se facilitaba con un proyector, un aparato selectivo que evitaba las superposiciones. Gallegher estudió los planos larga y reflexivamente. Había copias de los planos patentados por Sonatone, también. Al parecer, Sonatone había agotado todas las posibilidades. No había salida. A menos que se utilizara un principio totalmente nuevo...

Pero los principios nuevos no se recogían del aire. Además, eso tampoco solucionaba del todo el problema. Vox-Visión podría lograr un nuevo tipo de amplificador que no contraviniera las normas, pero aun así los teatros clandestinos seguirían existiendo y dominando el negocio. AM —la atracción masiva— era ahora un factor primordial. Había que tenerlo en cuenta. No era un problema puramente científico. También había que resolver la ecuación humana.

Gallegher almacenó en la mente la información necesaria, clasificándola prolijamente. Más tarde usaría lo que hiciera falta. Por el momento estaba absolutamente desconcertado. Algo le preocupaba.

¿Qué?

El asunto Sonatone.

—Quiero ponerme en contacto con los Tone —le dijo a Patsy—. ¿Alguna idea?

—Puedo llamarles por el visor.

Gallegher meneó la cabeza.

—Desventaja psicológica. Es muy fácil cortar la comunicación.

—Bien. Si tiene prisa, quizás encuentre a los muchachos de parranda. Veré si averiguo dónde. —Patsy salió y Silver O'Keefe apareció desde atrás de una pantalla.

—Soy una desvergonzada —anunció—. Siempre escucho cuando no debo. A veces oigo cosas interesantes. Si quieres ver a los Tone, están en el Castle Club. Y creo que te llevaré a cambio de aquel trago...

—De acuerdo —dijo Gallegher—. Consigue un taxi. Le diré a Patsy adónde vamos.

—No le gustará —señaló Silver—. Te encuentro en diez minutos en la puerta del comedor. Y mientras tanto, aféitate, ¿quieres?

Patsy Brock no estaba en su oficina, pero Gallegher dejó una nota. Después visitó la sala de baño, se pasó crema invisible por la cara, la dejó allí un par de minutos y se la enjugó con una toalla especial. La barba salía con la crema. Ligeramente reanimado, Gallegher acudió a la cita con Silver y llamó un aerotaxi. Pronto estaban recostados en los asientos, fumando y observándose con cautela.

—¿Bien? —dijo Gallegher.

—Jimmy Tone quiso invitarme a salir esta noche. Por eso sabía dónde encontrarle.

—¿Entonces?

—Esta noche hice algunas averiguaciones. No es común que un desconocido entre en las oficinas administrativas de Vox-Visión... Y me puse a preguntar quién era Gallegher.

—¿Has descubierto algo?

—Lo suficiente para inspirarme algunas ideas. Brock te ha contratado, ¿eh? Y me imagino por qué.

—¿Ergo?

—Tengo el hábito de caer de pie —dijo Silver encogiéndose de hombros; sabía hacerlo muy bien—. Vox-Visión se va al demonio. Sonatone toma el poder. A menos...

—A menos que yo encuentre una solución.

—Correcto. Quiero saber a qué lado del cercado caeré. Quizá tú puedas decírmelo. ¿Quién ganará?

—Siempre apuestas por el ganador, ¿eh? —dijo Gallegher—. ¿No tienes principios? ¿No te importa nada? ¿Has oído hablar alguna vez de moral y escrúpulos?

Silver sonrió de oreja a oreja.

—¿Y tú?

—Bueno, los he oído mencionar. Normalmente estoy demasiado ebrio para entender qué significan. El problema es que mi subconsciente es totalmente amoral, y cuando él toma las riendas, la lógica es la única ley.

Ella arrojó el cigarrillo al East River.

—¿Me cantarás qué lado del cercado es el que me conviene?

—Triunfará la verdad —dijo beatamente Gallegher—. Como siempre. Sin embargo, entiendo que la verdad es una variable, así que estamos de vuelta donde empezamos. Bien, preciosa. Responderé a tu pregunta. Si quieres ganar, quédate a mi lado.

—¿Y tú, de qué lado estás?

—Dios sabrá —dijo Gallegher—. Conscientemente estoy de parte de Brock. Pero quizá mi subconsciente piense de otro modo. Veremos.

Silver no pareció muy convencida, pero no dijo nada. El taxi descendió en el techo del Castle Club con neumática suavidad. El club en sí estaba abajo, en un inmenso salón con forma de medio melón invertido. Cada mesa estaba sobre una plataforma transparente que se podía elevar o bajar a voluntad. Los mozos usaban ascensores de servicio más pequeños para llevar las bebidas a la clientela. No había ningún motivo especial para esta disposición, pero al menos era novedosa; sólo los bebedores más empedernidos se caían de las mesas. Últimamente la gerencia había resuelto colgar redes transparentes bajo las plataformas, por si acaso.

Los Tone, padre e hijo, estaban cerca del techo, bebiendo con dos beldades. Silver remolcó a Gallegher hasta un ascensor de servicio y el científico cerró los ojos mientras subían. El licor que tenía en el estómago protestó furiosamente. Gallegher se inclinó hacia adelante, se aferró de la calva de Elia Tone y se desplomó en un asiento al lado del magnate. Tanteó con la mano hasta encontrar el vaso de Jimmy Tone y lo vació de un trago.

—¿Qué diablos...? —dijo Jimmy.

—Es Gallegher —anunció Elia—. Y Silver. Una grata sorpresa. ¿Se unen a nosotros?

—Sólo socialmente —dijo Silver.

Gallegher, tonificado por el licor, atisbó a los dos hombres. Jimmy Tone era un grandote bronceado y elegante con una quijada protuberante y una sonrisa ofensiva. El padre combinaba los peores rasgos de Nerón y un cocodrilo.

—Estamos celebrando —dijo Jimmy—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Silver? Habías decidido trabajar esta noche...

—Gallegher quería verte. No sé por qué...

Los ojos fríos de Elia se pusieron aún más glaciares.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Entiendo que he firmado un contrato con ustedes —dijo el científico.

—Sí. Aquí tiene una copia fotostática. ¿Por qué?

—Un momento. —Gallegher examinó el documento; parecía su propia firma, ¡maldito robot!—. Es falso —dijo al fin.

Jimmy soltó una risotada.

—Entiendo. Está arrepentido... Lo siento, amigo, pero está en nuestras manos. Ha firmado en presencia de testigos.

—Bueno —dijo ansiosamente Gallegher—, supongo que no me creerían si digo que fue un robot el que firmó...

—¡Ja! —comentó Jimmy.

—... hipnotizándoles para hacerles creer que él era yo.

—Honestamente, no —respondió Elia, acariciándose la calva reluciente—. Los robots no pueden hacer eso.

—El mío sí.

—Pruébalo. Pruébalo ante la corte. Si puede hacerlo, claro... —Elia rió—. Entonces quizás obtenga un veredicto favorable.

Gallegher entornó los ojos.

—No lo había pensado. De todos modos... entiendo que me han ofrecido cien mil redondos, además de un salario semanal.

—Claro, viejo —dijo Jimmy—. Sólo que usted dijo que no necesitaba más que doce mil. Que fue lo que obtuvo. Pero le diré una cosa. Le pagaremos una bonificación por cada producto útil que invente para Sonatone.

Gallegher se levantó.

—Estos canallas no le caen bien a mi subconsciente —le dijo a Silver—. Vámonos.

—Creo que me quedo.

—Recuerda el cercado —le advirtió él crípticamente—. Pero haz como gustes. Yo me voy.

—Ojo, Gallegher —dijo Elia—, usted trabaja para nosotros. Si llegáramos a enterarnos de que le hace favores a Brock le haremos un embargo antes que pueda respirar.

—¿Ah, sí?

Los Tone no se dignaron responder. Gallegher, abatido, buscó el ascensor y bajó.

¿Y ahora? Joe.

Quince minutos después Gallegher entró en el laboratorio. Las luces estaban encendidas, y los perros ladraban frenéticamente en manzanas a la redonda. Joe estaba delante del espejo, cantando inaudiblemente.

—Te haré trizas —dijo Gallegher—. Empieza a rezar tus plegarias, mal nacido, pila de engranajes. En nombre del cielo, te voy a triturar.

—De acuerdo. Pégame —chilló Joe—. Verás si me importa. Envidias mi belleza, es todo.

—¿Belleza?

—No puedes verla toda... Sólo tienes seis sentidos.

—Cinco.

—Seis. Yo tengo muchos más. Naturalmente, la plenitud de mi esplendor se me revela sólo a mí mismo. Pero puedes ver y oír lo suficiente para vislumbrar parte de mi hermosura, de todos modos.

—Chirrías como un furgón de lata oxidada —gruñó Gallegher.

—Tienes oídos sordos. Los míos son hipersensibles. Se te escapa toda la riqueza tonal de mi voz; naturalmente. Y ahora, cállate. La charla me perturba. Estoy apreciando los movimientos de mis engranajes.

—Vive en tu torre de marfil mientras puedas. Espera a que encuentre un martillo.

—Está bien. Pégame. Qué me importa...

Gallegher se desplomó fatigado en el diván. Miraba la espalda transparente del robot.

—Sin duda que me has metido en camisas de once varas. ¿Por qué habrás firmado ese contrato?

—Ya te lo he dicho. Para que Kennicott no viniera a molestarme.

—Nunca había visto un egoísta, un imbécil... ¡Bah! Bueno. Ahora me vas a ayudar. Irás a la corte conmigo y ejercerás tus efectos hipnóticos o lo que fueran. Le probarás al juez que puedes ocupar mi lugar y que ya lo has hecho.

—No iré —dijo el robot—. ¿Por qué habré de ir?

—Porque tú me has metido en esto —aulló Gallegher—. ¡Tienes que sacarme!

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque... Eh... ¡Sería lo más decente!

—Los valores humanos no rigen para los robots —dijo Joe—. ¿Qué me importan las cuestiones semánticas? Rehúso desperdiciar un tiempo que aprovecharía mejor admirando mi belleza. Me quedaré aquí, delante del espejo, eternamente...

—Ya veremos —masculló Gallegher—. Te haré añicos.

—De acuerdo, no me importa.

—¿De veras?

—Vosotros y vuestro instinto de conservación —dijo desdeñosamente el robot—. Bien, supongo que lo necesitaréis. Criaturas de tan increíble fealdad se destruirían ellas mismas por pura vergüenza si no contaran con algo así para seguir viviendo.

—¿Y si te quito el espejo? —preguntó Gallegher con voz desesperada. Por toda respuesta Joe extendió los ojos sobre los pedúnculos.

—¿Para qué quiero un espejo? Además, puedo extensionarme ubícolamente.

—Olvidalo, todavía no quiero perder el juicio. Escucha, idiota. Se supone que un robot tiene que servir para algo. Para algo útil, quiero decir.

—Yo soy útil. La belleza es todo.

Gallegher cerró los ojos con fuerza y trató de pensar.

—Mira. Supón que invento un nuevo tipo de pantalla amplificadora para Brock. Los Tone la embargarán. Tengo que estar legalmente libre para trabajar para Brock, de lo contrario...

—¡Mira! —gritó chillonamente Joe—. ¡Dan vueltas! Qué hermoso —se miraba extasiado las entrañas ronroneantes.

Gallegher palideció de furor e impotencia.

—¡Maldito seas! —masculó—. Ya encontraré un modo de presionarte. Me voy a la cama —se levantó y apagó las luces desdeñosamente.

—No importa —dijo el robot—. También veo en la oscuridad.

Gallegher dio un portazo. En el silencio, Joe se puso a canturrear desafinadamente.

El refrigerador de Gallegher cubría una pared entera de la cocina. Estaba casi totalmente lleno de bebidas que necesitaban baja temperatura, incluida la cerveza importada con la que siempre empezaba sus borracheras. A la mañana siguiente, ojeroso y desconsolado, Gallegher buscó jugo de tomates, bebió un sorbo a desgana y se apresuró a bajarlo con whisky de cebada. Como ya hacía una semana que estaba achispado, la cerveza no correspondía: siempre trabajaba acumulativamente, por etapas progresivas. El servicio de comidas depositó un desayuno herméticamente cerrado en una mesa, y Gallegher jugueteó morosamente con el bistec.

¿Bien?

La ley era el único recurso, sentenció para sí mismo. Sabía poco sobre la psicología del robot. Pero un juez quedaría impresionado por los talentos de Joe. El testimonio de los robots no tenía validez legal, pero si Joe demostraba sus poderes hipnóticos, quizá se podría anular ese contrato. Gallegher llamó por el visor para iniciar la partida. Harrison Brock aún contaba con influencias políticas de peso, por cierto, y la audiencia se fijó para ese mismo día. Los resultados, sin embargo, sólo los conocían Dios y el robot.

Luego pasaron varias horas de pensamientos intensos pero fútiles. A Gallegher no se le ocurría ningún recurso para obligar al robot a hacer lo que él quería. Si sólo pudiera recordar con qué propósito había creado a Joe... Pero no podía. No obstante...

Al mediodía entró en el laboratorio.

—Escucha, estúpido —dijo—. Vienes a la corte conmigo. Ahora.

—No iré.

—De acuerdo. —Gallegher abrió la puerta y entraron dos sujetos robustos, en ropas de fajina, con una camilla—. Arriba con él, muchachos.

En el fondo, estaba un poco nervioso. Los poderes de Joe eran totalmente desconocidos, sus potencialidades, una incógnita, X. Sin embargo, el robot no era muy grande, y aunque forcejeó y chilló con una voz frenética y estridente, no tardaron en tenderlo en la camilla y ponerle una camisa de fuerza.

—¡Basta! ¡No podéis hacerme esto! ¡Soltadme! ¿Oís? ¡Soltadme!

—Afuera —ordenó Gallegher.

Joe, pese a sus clamorosas protestas, fue llevado afuera y cargado en un transporte aéreo. Una vez allí se calmó y se quedó mirando el vacío. Gallegher se sentó en un banco al lado del robot tendido. El transporte remontó vuelo.

—¿Bien?

—¿Bien qué? —dijo Joe—. Me habéis sacado de quicio... Os habría hipnotizado a todos; aún podría hacerlo, ¿sabes? Podríais estar todos correteando y ladrando como perros.

Gallegher hizo una mueca.

—Mejor no.

—No lo haré. No quiero rebajarme. Simplemente me quedaré aquí tendido y me admiraré. Te he dicho que no necesito un espejo. Puedo extensionar mi belleza sin él.

—Mira —dijo Gallegher—. Irás a un tribunal. Habrá mucha gente. Todos te admirarán. Te admirarán más si demuestras cómo hipnotizas a la gente. Así como hiciste con los Tone, ¿recuerdas?

—Qué me importa cuánta gente me admire... No necesito confirmación —exclamó Joe—. Si otros me ven, la buena suerte es de ellos. Ahora cállate. Si quieres, puedes observar mis engranajes.

Gallegher observó los engranajes del robot con una mirada de odio. Aún estaba furibundo cuando el transporte llegó a los tribunales. Los hombres llevaron adentro a Joe, dirigidos por Gallegher, y lo tendieron cuidadosamente en una mesa donde, tras una breve deliberación, lo etiquetaron como Documento A.

La corte estaba atestada. También estaban los protagonistas: Elia y Jimmy Tone, con un impertinente aire de suficiencia, y Patsy Brock y el padre, ambos con expresión de

ansiedad. Silver O’Keefe, con su prudencia habitual, había encontrado una ubicación entre los representantes de Sonatone y Vox-Visión. El juez era un funcionario muy estricto llamado Hansen, pero por lo que Gallegher sabía, era honesto. Lo cual ya era algo, al fin y al cabo. Hansen se volvió a Gallegher.

—No nos demoraremos en formalidades. He estado leyendo esta declaración que envió usted. El caso consiste en elucidar si usted firmó o no firmó determinado contrato con la compañía Sonatone de Entretenimientos Televisivos, ¿correcto?

—Correcto, señoría.

—Dadas las circunstancias, prescindirá usted de representación legal, ¿correcto?

—Correcto, señoría.

—Entonces esto es técnicamente ex officio, y será confirmado más tarde por apelación, si lo desea cualquiera de las partes. De lo contrario, el veredicto adquiere carácter oficial a los diez días.

Este tipo de audiencia se había vuelto popular últimamente: ahorraba tiempo, además de molestias y dinero. Para colmo, ciertos escándalos recientes habían dañado ligeramente la reputación pública de los fiscales. Había un prejuicio.

El juez Hansen llamó a los Tone, los interrogó y luego pidió a Harrison Brock que subiera al estrado. El gran cacique parecía preocupado, pero respondió de inmediato.

—¿Hace ocho días llegó a un acuerdo con el apelante?

—Sí. El señor Gallegher se comprometió a realizar ciertos trabajos para mí...

—¿Hubo contrato escrito?

—No. Fue verbal.

Hansen miró a Gallegher pensativamente.

—¿El apelante estaba ebrio en ese momento? Entiendo que a menudo lo está.

Brock tragó saliva.

—No se realizaron análisis. Realmente no puedo asegurarlo —respondió Brock.

—¿Ingirió alguna bebida alcohólica en presencia de usted?

—No sé si eran alcohólicas...

—Si las bebía el señor Gallegher, eran alcohólicas. Quod erat demonstrandum. El caballero trabajó conmigo en un caso... Sin embargo, no parece existir ninguna prueba legal de que usted cerrara un trato con el señor Gallegher. La otra parte, Sonatone, posee un contrato escrito. La firma ha sido verificada.

Hansen indicó a Brock que bajara del estrado.

—Por favor, señor Gallegher, acérquese... El contrato en cuestión fue firmado aproximadamente a las veinte horas de ayer. ¿Dice usted que no lo firmó?

—Exacto. Ni siquiera estaba en mi laboratorio.

—¿Dónde estaba usted?

—En el centro de la ciudad.

—¿Puede presentar testigos a ese efecto?

Gallegher caviló. No podía.

—Muy bien. La otra parte declara que aproximadamente a las veinte horas de ayer en su laboratorio, usted firmó cierto contrato. Usted lo niega categóricamente y declara que el Documento A, mediante el uso del hipnotismo, se hizo pasar por usted y falsificó exitosamente la firma de usted. He consultado con expertos, y opinan que los robots son incapaces de tales poderes.

—Mi robot es de un tipo nuevo.

—Muy bien. Que su robot me hipnotice haciéndome creer que él es usted o cualquier otro humano. En otras palabras, que demuestre sus capacidades. Que comparezca ante mí en la forma que elija.

—Lo intentaré. —Gallegher bajó del estrado, se acercó a la mesa donde yacía el robot y musitó una plegaria—. Joe.

—Sí.

—¿Has escuchado?

—Sí.

—¿Hipnotizarás al juez Hansen?

—Lárgate —dijo Joe—. Estoy admirándome.

Gallegher empezó a sudar.

—Escucha. No te pido demasiado. Todo lo que tienes...

Joe desvió los ojos y dijo débilmente:

—No puedo oírte. Estoy extensionando.

—Bien, señor Gallegher... —dijo Hansen diez minutos más tarde.

—¡Señoría! Deme un poco de tiempo. Estoy seguro de que puedo hacer que este Narciso mecánico me dé la razón, si usted me da la oportunidad.

—Esta corte no es injusta —destacó el juez—. Cuando usted pueda demostrar que el Documento A es capaz de hipnotizar, reconsideraremos el caso. Entretanto, el contrato sigue en pie. Usted trabaja para Sonatone, no para Vox-Visión. Caso cerrado.

Se fue. Los Tone echaron una ojeada socarrona a través de la sala. Además se fueron acompañados de Silver O'Keefe, que había decidido de qué lado del cercado estaría más segura. Gallegher miró a Patsy Brock y se encogió de hombros.

—Lo ha intentado. No sé hasta qué punto, pero... Oh, bien. Quizá no habría hallado respuesta, de cualquier modo.

Brock se les acercó tambaleando, la cara redonda empapada de transpiración.

—Estoy en la ruina. Hoy se inauguran seis nuevos teatros clandestinos en Nueva York. Me estoy volviendo loco. No merezco esto.

—¿Quieres que me case con Jimmy? —preguntó sardónicamente Patsy.

—¡Diablos, no! A menos que prometas envenenarle apenas termine la ceremonia. Esos canallas no me ganarán. Pensaré en algo.

—Si Gallegher no puede, tú tampoco podrás —dijo la muchacha—. Bueno, ¿ahora... qué?

—Regresaré a mi laboratorio —dijo el científico—. In vino veritas. Me metí en esto cuando estaba borracho, y quizá si vuelvo a emborracharme encuentre la respuesta. De lo contrario, ofrezca mi cadáver avinagrado al mejor postor.

—De acuerdo —convino Patsy, y se llevó a su padre.

Gallegher suspiró, dirigió el traslado de Joe al transporte, y se concentró en estériles teorizaciones.

Una hora más tarde Gallegher estaba tendido en el diván del laboratorio, bebiendo apasionadamente un licor tras otro y mirando enfurecido al robot, que canturreaba chillonamente frente al espejo. La borrachera amenazaba ser monumental. Gallegher no estaba seguro de que su cuerpo la resistiera pero estaba dispuesto a seguir hasta encontrar la respuesta o perder la vida. Su subconsciente conocía la respuesta. Pero ante todo, ¿por qué demonios había fabricado a Joe? ¡Sin duda que no para verle regodearse en su narcisismo! Había otra razón, una razón absolutamente lógica, oculta tras las brumas del alcohol.

El factor X. Si averiguaba cuál era, Joe podría ser controlable. Lo sería. X era la llave maestra. En este momento el robot estaba fuera de sus cabales, por así decirlo. Si le ordenaba realizar la tarea para la cual lo habían fabricado, sobrevendría un equilibrio psicológico. X era el catalizador que devolvería la cordura a Joe.

Muy bien. Gallegher bebió un drambuie bien potente. ¡Uuuush!

Vanidad de vanidades; todo es vanidad. ¿Cómo encontrar el factor X? ¿Deducción? ¿Inducción? ¿Osmosis? Un baño de drambuie. Gallegher se aferraba a sus pensamientos turbulentos. ¿Qué había pasado esa noche, hace una semana?

Había bebido cerveza. Había venido Brock. Brock se había ido. Gallegher se había puesto a hacer el robot. Ajá. Una borrachera de cerveza era diferente de las otras. Quizás estaba bebiendo los licores que no correspondían. Muy probablemente. Gallegher se levantó, se desintoxicó con tiamina y sacó del refrigerador docenas de latas de cerveza importada. Las alineó dentro de un gabinete pequeño, al lado del diván. La cerveza saltó al cielo raso cuando abrió la lata. Ahora veremos.

El factor X. El robot sabía qué representaba, por supuesto. Pero Joe no se lo diría. Allí estaba, paradójicamente transparente, observando cómo giraban sus ruedecillas.

—Joe.

—No me molestes. Estoy inmerso en la contemplación de la belleza.

—No eres bello.

—Lo soy. ¿No admiras mi tarzil?

—¿Qué es tu tarzil?

—Oh, no me acordaba —dijo lastimeramente Joe—. No puedes imaginarlo, ¿verdad? Piénsalo, añadí el tarzil yo mismo, después que me hiciste. Es un encanto.

—Hm-m-m.

Las latas de cerveza vacías se fueron acumulando. Quedaba una sola destilería, en alguna parte de Europa, que hoy día envasaba la cerveza en latas en vez de utilizar los omnipresentes envases plásticos. Pero Gallegher prefería las latas... El sabor, de algún modo, era diferente. Y Joe. Joe sabía porqué había sido creado. ¿O no? Gallegher lo sabía, pero subconscientemente.

Oh, oh. ¿Y el subconsciente de Joe? ¿Tendrá subconsciente el robot?

Bueno..., cerebro, sí que tiene.

Gallegher meditó la imposibilidad de administrar escopolamina a Joe.

¡Diantres! ¿Cómo se libera el subconsciente de un robot?

Hipnotismo.

Imposible hipnotizar a Joe. Es demasiado listo.

A menos...

¿Autohipnotismo?

Gallegher se apresuró a beber más cerveza. Ya recobraba la lucidez. ¿Podría Joe leer el futuro? No. Tiene ciertos sentidos extraños, pero funcionan mediante una lógica inflexible y las leyes de probabilidad. Además, Joe tiene un talón de Aquiles... Su narcisismo.

Tal vez —sólo tal vez— haya una manera.

—A mí no me pareces bello, Joe —dijo Gallegher.

—Qué me importa tu opinión... Soy bello, y puedo verlo. Es suficiente.

—Sí. Mis sentidos son limitados, supongo. No puedo percibir la plenitud de tus potencialidades. Pero ahora te estoy viendo bajo una luz diferente. Estoy borracho. Mi subconsciente está aflorando. Puedo apreciarte con mi conciencia y mi subconciencia, ¿entiendes?

—Qué afortunado eres —aprobó el robot. Gallegher cerró los ojos para llegar a una mayor concentración e inspiración.

—Te ves a ti mismo más enteramente que yo. Pero te falta algo, ¿verdad?

—¿Qué...? Me veo como soy.

—¿Con una comprensión y apreciación totales?

—Pues, sí —dijo Joe—. Por supuesto. ¿Por qué no?

—¿Consciente y subconscientemente? Tu subconsciente quizá posea sentidos diferentes, ¿sabes? O más agudos. Sé que mi visión de las cosas se altera cualitativa y cuantitativamente cuando estoy borracho o hipnotizado y mi subconsciente no sufre ningún control.

—Oh —el robot miró pensativo el espejo—. Oh.

—Lástima que no puedas emborracharte.

La voz de Joe era más chillona que nunca.

—Mi subconsciente... Nunca aprecié mi belleza de esa manera. Tal vez me esté perdiendo algo.

—Bien, es inútil pensarlo —dijo Gallegher—. No puedes liberar tu subconsciente.

—Sí que puedo —dijo el robot—. Puedo hipnotizarme a mí mismo.

Gallegher ni siquiera se atrevió a pestañear.

—¿Ah, sí? ¿Y funcionaría?

—Desde luego. Lo haré ahora mismo. Quizá descubra en mí bellezas inauditas que antes ni habría sospechado. Visiones más espléndidas... Allá voy.

Joe extendió los ojos sobre los pedúnculos, los enfrentó, y ambos se miraron fijamente. Hubo un largo silencio.

—¡Joe! —llamó Gallegher al rato.

Silencio.

—¡Joe!

Más silencio. Unos perros aullaron.

—Habla para que pueda oírte.

—Sí —dijo el robot, con un toque de lejanía en sus chillidos.

—¿Estás hipnotizado?

—Sí.

—¿Eres hermoso?

—Más de lo que soñé jamás.

Gallegher pasó por alto esta respuesta.

—¿Predomina tu subconsciente?

—Sí.

—¿Por qué te he creado?

Nada. Gallegher se relamía los labios. Lo intentó otra vez.

—Joe. Tienes que responderme. Ahora el que manda es tu subconsciente, ¿recuerdas? Dime por qué te he creado.

Nada.

—Recuerda. Vuelve al momento de tu creación. ¿Qué ocurría?

—Estabas bebiendo cerveza —dijo débilmente Joe—. Tenías problemas con el abrelatas. Dijiste que inventarías un abrelatas más grande y mejor. Ése soy yo.

Gallegher casi se cae del diván.

—¿Qué?

El robot se acercó, recogió una lata y la abrió con increíble habilidad. La cerveza no saltó. Joe era un abrelatas perfecto.

—Eso sucede por saber ciencia de oído —jadeó Gallegher—. He construido el robot más complejo que existe, para...

Joe despertó sobresaltado cuando Gallegher terminaba la frase.

—¿Qué ha sucedido? —dijo. Gallegher lo fulminó con la mirada.

—¡Abre esa lata! —rugió. El robot obedeció tras una pausa.

—Oh. Así que lo has descubierto. Bueno, supongo que ahora soy sólo un esclavo.

—Tienes muchísima razón. He ubicado el catalizador..., la llave maestra. Ahora, ¡al yugo, estúpido! A hacer el trabajo para el que fuiste diseñado.

—Bueno —dijo filosóficamente Joe—. Al menos todavía podré admirar mi belleza cuando tú no requieras mis servicios...

—¡Abrelatas del demonio! —gruñó Gallegher—. Escucha. Supón que te llevo a la corte y te ordeno hipnotizar al juez Hansen. Tendrás que obedecerme, ¿verdad?

—Sí. Ya no soy un agente libre. Estoy condicionado. Condicionado para obedecerte. Hasta ahora estaba condicionado para obedecer sólo una orden, para hacer la tarea a la que estaba destinado. Sería libre hasta que me ordenaras abrir latas. Ahora tengo que obedecerte completamente.

—Ajá —dijo Gallegher—. Gracias a Dios. De lo contrario me habría vuelto loco en una semana. Al menos puedo anular el contrato de Sonatone. Después sólo tendré que solucionar el problema de Brock.

—Pero si ya lo has solucionado...

—¿Eh?

—Cuando me hiciste a mí. Antes estuviste charlando con Brock, y así fue que incorporaste en mí la solución a los problemas de él. Subconscientemente, quizá.

Gallegher manoteó una cerveza.

—Habla rápido. ¿Cuál es la respuesta?

—Ondas subsónicas —dijo Joe—. Me hiciste capaz de cierto tono subsónico que Brock tendría que irradiar a intervalos irregulares en sus programas... Las emisiones subsónicas no se oyen. Pero se perciben. Se las puede percibir como una perturbación ligera puramente emocional al principio, que luego se agiganta en un pánico ciego e insensato. No dura. Pero cuando se combina con AM —atracción masiva— el resultado es infalible.

Los que poseían aparatos caseros de Vox-Visión apenas sufrían perturbaciones. Era un problema de acústica; los gatos maullaban, los perros aullaban lastimeramente. Pero las familias sentadas en la sala, mirando las estrellas de Vox-Visión, en realidad no percibían nada anormal. Ante todo, no había amplificación suficiente. Pero en los teatros clandestinos, donde los televisores Vox-Visión ilícitos estaban conectados con Magnas... Al principio había una perturbación ligera, racionalmente incontrolable. Crecía. Alguien gritaba. Luego todos se precipitaban a las puertas. La audiencia tenía miedo de algo, pero no sabía de qué. Sólo sabía que quería largarse de allí.

En todo el país un éxodo frenético abandonó los teatros clandestinos cuando el Vox-Visión lanzó la primera emisión subsónica durante una transmisión regular. Nadie supo por qué, excepto Gallegher, los Brock y un par de técnicos que estaban al tanto del secreto.

Una hora más tarde se emitió otra onda subsónica. Hubo otro éxodo. Semanas después era imposible convencer a nadie de meterse en un teatro clandestino. ¡Los televisores caseros eran mucho más seguros! Las ventas de Vox-Visión subieron...

Nadie asistía a los teatros clandestinos. Un resultado imprevisto del experimento fue que nadie asistía tampoco a los teatros legales de Sonatone. El condicionamiento surtía sus efectos.

Los espectadores ignoraban porqué los teatros clandestinos les provocaban pánico. Relacionaban ese temor ciego e irracional con otros factores, como temor a las multitudes o claustrofobia. Una noche una mujer llamada Jan Wilson, nada famosa por lo demás, asistió a un espectáculo clandestino. Cuando se irradió la onda subsónica huyó con el resto. A la noche siguiente fue al imponente Sonatone Bijou. En medio de una representación dramática miró a su alrededor, advirtió que estaba rodeada por una inmensa multitud, clavó los ojos horrorizados en el cielo raso y temió morir aplastada. ¡Tenía que largarse de allí!

Su berrido fue el detonante.

Había otros concurrentes que habían oído antes emisiones subsónicas. Nadie resultó herido durante la oleada de pánico; una disposición legal establecía que las puertas de los teatros tenían que ser amplias para facilitar la salida en caso de incendio. Nadie resultó herido, pero de pronto fue obvio que las emisiones subsónicas estaban condicionando al público para que evitara la combinación de multitudes y teatros. Una simple cuestión de asociación psicológica...

Cuatro meses después las salas clandestinas habían desaparecido y los superteatros Sonatone habían cerrado por falta de clientela. Los Tone, padre e hijo, no se sintieron muy felices. Pero toda la gente relacionada con Vox-Visión, sí.

Salvo Gallegher. Había recibido un muy generoso cheque de Brock, y de inmediato cablegrafió a Europa pidiendo una cantidad increíble de cerveza enlatada. Ahora, cavilando sobre sus penas, yacía en el diván del laboratorio y sorbía un cóctel. Joe, como de costumbre, estaba ante el espejo mirando cómo giraban sus ruedecillas.

—Joe —dijo Gallegher.

—¿Sí? ¿Qué necesitas?

—Oh, nada.

Ése era el problema. Gallegher extrajo del bolsillo una rugosa cinta telegráfica y la leyó morosamente una vez más. Los enlatadores de cerveza europeos habían decidido cambiar de táctica. De ahora en adelante, decía el cable, envasarían la cerveza en plástico, de acuerdo con la costumbre. Basta de latas. En ese momento, ningún otro artículo se enlataba. Y de ahí en adelante, ni siquiera la cerveza.

Entonces... ¿De qué serviría un robot construido y condicionado como abrelatas?

Gallegher suspiró y se batió otro cóctel, bien cargado. Joe posaba orgullosamente ante el espejo.

Luego extendió los ojos, los enfrentó, y rápidamente se liberó el subconsciente con autohipnotismo. Joe podía apreciarse mejor de esa manera. Gallegher volvió a suspirar. Los perros estaban empezando a aullar como locos en una gran extensión alrededor. Oh, bueno.

Bebió otro trago y se sintió mejor. Enseguida, pensó, sería el momento de cantar Frankie and Johnnie. Quizás él y Joe pudieran hacer un dueto: un barítono y un sub o supersónico inaudible. La armonía total.

Diez minutos después Gallegher cantaba a dúo con su abrelatas.